

A FAVOR DE LA «CULTURA DE LA VIDA»

Una llamada telefónica desde un hospital público comunicaba a una madre embarazada de una niña con deficiencias que al día siguiente, a las ocho de la mañana, le practicarían el aborto. Esta llamada se producía sin haber hablado de este tema con ella ni con su marido. Así me lo contaban, hace poco más de un mes, unos padres que estaban horrorizados e indignados: «¿Cómo pueden decidir por su cuenta matar a nuestra hija por el hecho de que tenga deficiencias?» Y me hacían caer en la cuenta de que, según las estadísticas, apenas nacen niños con deficiencias; parece que lo normal en estos casos es el aborto. Este matrimonio aceptó conscientemente a su hija con las deficiencias que tenía y que la iban a acompañar durante toda su vida.

Conocí a la niña; efectivamente tenía deficiencias psíquicas y también su segunda hija, aunque para ésta ya no le avisaron. Comprobé con admiración y gozo la dedicación de aquellos padres hacia sus hijas. Una dedicación generada por su profundo amor, como esposos y padres, entre ellos y hacia sus hijas. Hay, además, otra fuerza que les acompaña: su fe en Dios, un Dios de vivos, que genera vida y que es capaz de dar su vida en la cruz para que nosotros vivamos.

En la conversación apareció muy claramente que la madre no es dueña de la vida del hijo que lleva en sus entrañas y no tiene derecho a acabar con su vida. El hijo tiene vida propia, es un ser humano. El aborto jamás puede ser un derecho.

Parto de este hecho para constatar dos posturas que se dan en este momento en nuestra sociedad: la *cultura de la muerte* y la *cultura de la vida*. Una cultura de la muerte, que se nos quiere imponer sin que haya una demanda social; y una cultura de la vida para la que sí hay demanda, como se puede comprobar en las manifestaciones a favor de la familia y de la vida.

La cultura de la muerte justifica el hecho de matar a otro ser humano, sea por medio del aborto o por la eutanasia. Además, en ocasiones quiere hacerlo en nombre de la modernidad y del progreso. Se considera la vida del otro como un estorbo que es correcto evitar o eliminar en beneficio de otros intereses, de determinados ideales o de la propia comodidad.

Matar siempre origina sufrimiento. Pensemos en las madres que han abortado sin recibir la ayuda y la orientación que necesitaban en su situación. De este sufrimiento saben mucho los confesores, los psicólogos y los psiquiatras. La experiencia de haber consentido la muerte de un hijo acompaña a muchas madres toda su vida.

Quienes estamos a favor de la cultura de la vida tenemos que estar cerca de estas personas. Salvar una vida es algo precioso. ¡Cómo gozan los médicos cuando por una feliz intervención quirúrgica han salvado una vida! Y es que la medicina y los médicos están para sanar y curar, nunca para matar.

Ante esa *cultura de la muerte* que se amplía con el «Anteproyecto de Ley de la interrupción voluntaria del embarazo» os invito a participar en la *Manifestación por la Vida, la Mujer y la Maternidad*, que un conjunto de entidades civiles y eclesiales han organizado para el próximo 17 de octubre en Madrid.

Que no falte nuestra oración y nuestro compromiso por la vida.

+ Alfonso Milián Sorribas
Obispo de Barbastro-Monzón